

La conquista de la Montaña de Efraím y del Norte

El que Benjamín y Judá vencieran a un gran número de pueblos cananeos del Tur trajo graves consecuencias. Protegidos por los judaítas y siempre ayudados por ellos, ocuparon los simeonitas las poblaciones del extremo Sur, Arad, Berseba, todas las localidades célebres del último período patriarcal. Se recordó la hostilidad demostrada por el rey de Sefat contra las tribus israelitas. La población consagrada al *herem* o anatema fue destruida. Su nombre era Herma. Simeón nunca se separó de Judá; muchas ciudades se consideran a un tiempo judaítas y simeoni-

tas. Los límites por la parte del Sur, entre Simeón y Edom, no estaban bien definidos. Aquellas regiones eran dehesas de nómadas, donde apenas existía la propiedad territorial. Allí, amalecitas y camitas seguían siendo pastores y bandoleros. Simeón los venció. Existían aún en tiempo de Ezequías, pero luego desaparecieron, absorbidos por Judá y Edom.

Igualmente, bajo la protección de Benjamín y Judá, consiguió Dan una residencia fija, al menos durante un tiempo. Aquella fue la tribu más débil de Israel. Los danitas se alojaron entre Jerusalén y el Mediterráneo, al Norte de los filisteos y al Oeste de los gabaonitas. Nunca consiguieron dominar a los pueblos cananeos, ni siquiera establecerse. Emigraron casi todos hacia el Norte. Ayalón, Betsemes y Saalbim siguieron siendo cananeas, y los efraimitas tuvieron que conquistarlas más adelante. Jaffa fue siempre exclusivamente fenicia, sin relaciones seguidas con los israelitas.

Los josefitas seguían ocupando un lugar privilegiado en la familia israelita. Hemos visto a los makiritas, fracción de Manases, conquistar el Haurán y la Batanea, y colonizarlos. Los demás manaseítas (entre los que todavía había muchos makiritas) y los efraimitas, segunda rama de José, se establecieron en el país posteriormente llamado Samaria. La guerra fue dura y cruel: los cananeos del llano, sobre todo por la parte de Bet-Sean y Jezrael, poseían aquellos carros acorazados de hierro que tanto aterrorizaban a los beduinos, acostumbrados a guerras de montañas y barrancos. Tenía además muchas dificultades y peligros la roturación de los bloques ocupados por los perizzitas y el resto de los enakim.

El valle de Siquem, por sus aguas abundantes, parecía indicado para la capital de aquel hermoso país. Los efraimitas se crearon allí una posición muy fuerte, entendiéndose quizá con los hivvitas del lugar. Muchas leyendas cuentan que Jacob, vagando en otro tiempo por estos lugares, había adquirido una propiedad; que José fue enterrado allí y que los patriarcas habían hecho de este sitio el centro del culto de Jehová. Siquem fue siempre, en efecto, el centro religioso de los josefitas, y a veces el punto de reunión de todo Israel, antes que el genio de aquel pueblo singular hubiese elegido a Jerusalén.

Igualmente ocurrió con Silo, que puede ser considerada como primer punto central de toda la familia israelita. Al levantarse el campamento provisional de Gilgal, en Silo se estableció el arca siglos enteros, siendo de este modo Silo ciudad común. El hermoso desarrollo de la llanura en este sitio era un lugar favorable a las panegirias o fiestas de todo Israel.

También Betel fue un punto federal, intermedio entre benjaminitas y josefitas. Se cree que éstos la conquistaron por sorpresa. Era un lugar de gran importancia religiosa. El Dios de Betel era el de toda la tierra de Palestina y fue uno de los elementos que compusieron a Jehová. El antiguo santuario cananeo de Betel fue destruido muy tarde, e hizo bastante competencia a Jerusalén. Isacar tuvo un territorio muy mal definido entre los josefitas y las tribus del Norte. El reparto de las tierras en aquellas comarcas fue resultado de los azares de la conquista y no de una operación catastral.

El dominio israelí de estos parajes fue más incompleto en el Sur. El Ghor y la llanura de Jezrael se defendieron con sus carros cubiertos de hierro. La población fenicia de Dor fue la metrópoli de toda la ribera, desde el Carmelo hasta Jaffa. La costa, llamada Nafot-Dor, y la vertiente Sur del Carmelo, siguieron siendo fenicias. Los pueblos indígenas de Taanach, Megiddo, Endor, Jibleam, Bet-Sean y toda la orilla derecha del Jordán, a su salida del lago de Genezaret, se resistieron victoriosamente a Manasés y a Isacar. También se libró de ellos la llanura de Jezrael.

Zabulón y Neftalí poseyeron lo que más adelante se llamó «Círculo de los Gentiles», o sea la Galilea. Pero su ocupación fue, en realidad, una convivencia con las razas anteriormente establecidas. Las poblaciones de Kitrón y Nahalol siguieron siendo cananeas. Lais o Lesem, hasta la invasión posterior de los danitas, fue una ciudad industrial y comercial, que vivía al estilo de Sidón. El rey cananeo de Hasor siguió dominando al Oeste del lago Hulé y en el curso superior del Jordán. Los fenicios siguieron siendo dueños de la costa, y no hicieron más que tolerar a los aseritas.

Costó mucho a los israelitas establecerse en las comarcas del Norte de Palestina. Transcurrió bastante tiempo entre el paso del Jordán y el día que se pudo hablar formalmente de una tribu de Aser. La conquista duró unos dos o tres siglos, y fue una lucha diaria, el choque de la vasija de barro contra la de hierro. El elemento menos resistente se estrelló. El libro de Josué que atribuye la conquista de Palestina enteramente a un gran capitán, es el menos histórico de los libros de la Biblia. A excepción de la toma de Jericó, el establecimiento de los benjaminitas en Gibeá y la fuerte ocupación de varias poblaciones por la tribu de Judá, las conquistas atribuidas a Josué, supuesta serie de victorias terribles y de exterminios monstruosos, no tienen realidad. Con algunas expediciones afortunadas estableció Israel su ascendiente sobre los régulos cananeos del Sur. Algunas ciudades fueron ocupadas definitivamente con sus territorios. Algunos grupos de pueblos, como los gabao-nitas, pactaron con los recién llegados. Otras poblaciones, como la Ierusalaim de los jebuseos, Gezer y Beth-Sean, se resistieron totalmente. Ambos pueblos se compenetraban como el agua y la esponja: su idioma era el mismo, y era fácil que se entendieran. El fanatismo religioso, que luego convertiría a los israelitas en malos vecinos, sólo existía en estado latente.

Para llegar a la comprensión de todo esto, es necesario haber visto cómo se han mezclado con las demás razas del país los metualis de Siria, que son recién llegados, puesto que su llegada a la región del Líbano ocurrió en tiempo de las cruzadas. Hay que haber visto esos pueblos mixtos o más bien dobles, donde viven dos tipos de gentes malévolas una para otra, pero que sin embargo se toleran. En casi toda Turquía se contempla lo mismo. Es imposible trazar un mapa de semejantes países. Un mapa no presenta sólo divisiones de Estados o provincias bien determinadas, y en la edad de que hablamos, todavía no

existía el Estado. Solamente se conocían la tribu y la ciudad, que no son más que amplificaciones de la familia. Todavía no se sentía ninguna de las influencias que trazan profundas demarcaciones en la humanidad.

No había separaciones demasiado largas entre estas razas apasionadas y caprichosas. El enemigo de un día era aliado al siguiente. En los distritos donde estaban revueltos israelitas y cananeos, había sin embargo los casamientos entre ambas razas. La mezcla de los cultos era todavía más común. No había odios religiosos entre estos diferentes pueblos. Los israelitas, sobre todo en los países mezclados, adoraban sin escrúpulos a los Baalim y Astartés. Jehová no aparecía más que cuando se había de manifestar la vida federal; cosa que no ocurría mucho.

Israel, en lugar de una nación, era un conjunto de tribus que recordaban su origen común, y en su círculo de parentesco admitían a las tribus o grupos todavía nómadas, con los que sus antepasados habían tenido relaciones de amistad o afinidades de vecindad. Esto ocurría sobre todo con las tribus edomitas y árabes del Sur y del Este. Los karitas, que durante la travesía del desierto habían ayudado a los fugitivos, se establecieron hacia Arad, entre los judaítas y los simeonitas. Se ha supuesto que ocurrió lo mismo con la tribu edomita de los Quenizzis. Los jerahme-litas y otros restos de tribus patriarcales que seguían vagando por los desiertos del Sur, se unieron a Judá.

Los israelitas vencedores estaban en una posición semejante a la de los francos del Norte de Francia, en el siglo VI. Existían separadamente grupos de razas nuevas bastante compactas. En otras partes había simples feudos militares o de explotación, que no excluían plazas de seguridad, donde la antigua raza continuaba viviendo como antes. En el fondo de todo esto había una especie de *Doms-Day book* en estado virtual, un reparto primitivo entre las familias conquistadoras, fundado en genealogías cada día más exactas y mejor conservadas. Se planteó como principio familiar la inmutabilidad de la propiedad territorial. A falta de hijos varones, se admitió que las hijas heredasen las tierras conquistadas. Un paso más, y la posesión de la tierra se considerará como una asignación hecha de una vez para cada familia por Jehová, que se la ha dado a los suyos quitándosela a los demás que la habían plantado y sembrado. Es el eterno principio de la conquista, que hace legítimas todas las violencias y pretende fundar así para el porvenir un derecho cuyo ataque sea como un sacrilegio. Los dioses acaban siempre por consagrar el latrocinio.

Durante aquel período de conquistas se puso en evidencia mucho heroísmo. Israel se ha convertido actualmente para nosotros en una tribu tan santa, que es difícil concebir a los antepasados de Jeremías, Esdras o Jesús, como Aquiles o Ajax. Sin embargo, Israel tuvo su época de arre-bato guerrero. En aquellas luchas seculares contra Canaán, hubo numerosos incidentes y aventuras. Las campañas peligrosas, las ingeniosas tomas de ciudades, las estratagemas que nos parecen hoy inocentes, pero que entonces se tenían por muy astutas, completaron la epopeya empezada más allá del Jordán. Mil relatos, generalmente legendarios,

elogiaron las astucias de Josué, la audacia de Caleb, la toma de Jericó y el incendio de Ai.

Realmente se formó con todo esto un ciclo épico, que ha conservado la tradición oral durante siglos. Cada ciudad y cada provincia tuvieron su leyenda, análogas a los *Fatouh* o victorias iniciales del islamismo, que fueron luego pretexto para toda clase de fábulas o de exageraciones. Más semejanza tenían aún con la poesía árabe anteislámica. Era costumbre entre los israelitas, como entre los antiguos árabes, conmemorar cada circunstancia solemne o característica, sobre todo las batallas, con un cántico que el pueblo entonaba a coro y que se conservaba en la memoria de las generaciones. La memoria, en aquella época anterior a la escritura, era milagrosa. Los cantos formaban una recopilación no escrita, análoga a los *divanes* de las tribus árabes. En el siglo x antes de J.C. se reunieron estos cantos, aclarándolos con relatos en prosa y formándose un libro semejante al *Ditab-el-Aghani*, de los árabes, y que se llamó *Guerras de Jehová* o libro de Iasar. En recopilaciones posteriores se han conservado algunas partes considerables de esta obra.

Los cantos épicos, al convertirse en materia de un libro sagrado, cambiaron de carácter. Lo sobrenatural penetró en toda la historia heroica. La canción sobre el manantial que los jefes descubrieron, levantando el suelo con sus varas, dio origen al milagro de Moisés de sacar agua de la roca. La metáfora sobre el sol de Gabaón dio lugar a la maravilla más hiperbólica, la hazaña de Josué deteniendo al astro. El paso del Jordán, tan fácil de efectuar, se verificó gracias a una connivencia del agua completamente inútil. El establecimiento milagroso de Israel en Canaán, fue la segunda columna del dogma judío. Josué completó a Moisés. El ciclo de las leyendas sagradas, empezando en el paraíso patriarcal y acabando en la tierra de Canaán, entre las tribus, quedó completo. Pero serán necesarios quinientos años, y la acción de un partido religioso muy fanático, para que puedan verificarse las transformaciones necesarias al establecimiento de semejantes sistemas históricos. Dejemos que se desarrollen los hechos por sí mismos.